

Las teorías vitalistas.

La hipótesis del vitalismo en la Historia, fué iniciada a principios del siglo XIX por Juan Bautista Vico, el que en su famoso libro "Las Revoluciones Palingenésicas" sostuvo que los pueblos (1) recorren en su desarrollo ciclos vitales; nacen, crecen y mueren como los organismos, describiendo en esta trayectoria cerrada y fatal, sus *corsi* y *recorsi* circulares, sus avances y retrocesos.

Más tarde, la teoría vitalista de Vico adquiere mayor precisión y armonía, bajo la cálida y brillante imaginación de Williams Draper; el pensador americano despreocupado de un encuadramiento del fenómeno histórico, en las revoluciones circulares y providencialistas, explica la ley que sigue el proceso humano, por un desarrollo *vital* simple y claro. Los *pueblos*, tomada esta expresión en el sentido de *culturas*, tienen, como los organismos, su nacimiento, su infancia, su juventud, su edad viril, su vejez y su muerte. En los factores de su cultura predomina el instinto, la imaginación y la razón, y sus obras y sus acciones tienen el sello de la inteligencia naciente y de la madura razón. (2).

(1). J. B. Vico.—*Principios de una ciencia nueva, relativa a la naturaleza común de las naciones.*

(2) Spengler anota que, quien por primera vez sostuvo la hipótesis vitalista, fue Lessing en su *Educación del género humano.*

LA HIPOTESIS SPENGLERIANA

La hipótesis del vitalismo toma por fin un carácter definitivo y concreto con Oswaldo Spengler, pensador alemán que, en 1918, sorprende al mundo con la más atrevida de las hipótesis sobre interpretación del proceso histórico, expuesta en su tan celebrada obra *Decadencia de Occidente*.

Para Spengler hay una lógica en la historia. Más allá de los hechos singulares, que son contingentes e imprevisibles, se halla la estructura de la humanidad histórica, por decirlo así, metafísica, que es en lo esencial independiente de las manifestaciones político-espirituales, tan patentes y de todos conocidas. En la vida misma individual cree él encontrar el reflejo de las facetas de la historia humana, sólo que esta humanidad se halla formada por una conjunción o sucesión de colectividades, en las que florecen culturas genuinas. Así distinguimos concretamente la cultura china, la egipcia, la griega, la moderna, etc.

No hay un solo proceso en la historia humana, sino varios; no hay una sola cultura, sino múltiples, hijas del medio. Todas ellas nacen en su paisaje materno: "El templo Egipcio, reproduce el Nilo; es una senda señera impuesta por entre bloques de piedra. Las llanuras onduladas del Huag-Ho han dado sus elementos a la arquitectura china, que es la única que ha aceptado como fuente de inspiración la jardinería. Como las plantas de un vergel nacen, se elevan y florecen las culturas, con una independencia y originalidad, tanto más marcada cuanto más grande es su aislamiento y su autonomía. En el proceso histórico, que vislumbra la observación, se descubren primitivamente la cultura china, la egipcia, la hindú, la semita o mágica y la greco-romana, que Spengler la llama *antigua*, y la occidental.

Cada una de estas culturas se suceden, se interponen o sobreponen. Antes del predominio de la cultura antigua (gre-

co-latina) se nota con más precisión la autonomía de las culturas asiática y africana. La interferencia de las culturas, fenómeno que proviene de su coexistencia en el tiempo y en el espacio, provoca *seudomorfosis*: incrustación mutua de sus almas, o sea de sus símbolos, estilos o caracteres.

Cada cultura, además, es un símbolo de la cultura universal, "es, dice Spengler, su proto-fenómeno, como el hueso maxilar es el proto-fenómeno del tipo vertebrado, o la hoja es el proto-fenómeno del reino vegetal". De allí que todas las culturas pasen por los mismos estados, cuyo esquema traza, mostrándonos el tránsito de la *primavera*, el *verano*, el *otoño* y el *invierno* en cada una de ellas, y descubriendo que todas tienen su *feudalismo*, su *renacimiento*, su *reforma*, su *guerra de cien años*, su *gótico* y su *florecimiento filosófico*. Más audazmente avanza el pensamiento spengleriano, cuando supone que la duración de cada cultura es cronológicamente precisa, y es más extraordinaria la suposición que asienta que el individuo reproduce, con profunda necesidad, todas las épocas de la cultura a que pertenece.

La cronología de los procesos vitales es otra captación del pensamiento de Spengler. Dos mil años es una duración invencible de los grandes ciclos históricos. Medio siglo marca un período de creación; el medio siglo sucesivo, el de aplicación de lo creado. Una tradición no dura más de tres generaciones.

Hay que observar que este vitalismo de los ciclos históricos está señalado por un crecimiento ascendente y una estagnación senil; en este último período la vida se alimenta de lo adquirido en su período de integración; el proceso de crecimiento, es la *cultura*; el proceso de estagnación y rumia, es la *civilización*. *Cultura y civilización*, equivalen a dos fases de la vida: la juventud y madurez plena, y la vejez improductiva e impotente.

La era actual muestra una fermentación de *seudomor-*

fosis, una heterogenización de estilos de las varias culturas, que como los afluentes de un inmenso río se unen en un haz que, a juzgar por sus caracteres de universalidad, lo constituye actualmente la cultura europea, la cual, según Spengler, ha entrado ya en su face de *civilización* o sea en su período decadente. (1).

“La decadencia de la cultura occidental o europea considerada así, significa nada menos, dice Spengler, que el problema de la civilización”. Porque cada cultura tiene su civilización propia. La *civilización*, agrega, es el inevitable “sino” de toda cultura. Civilización es un remate; subsiste a la acción creadora, como lo ya creado, lo ya hecho, a la vida como la muerte, a la evolución como el anquilosamiento, al campo y a la infancia de las almas, que se manifiesta por ejemplo en el dórico y en el gótico, como la decrepitud espiritual y la urbe mundial petrificada y petrificante.

Señala Spengler como símbolos de la civilización al *imperialismo* que produce petrificación: como los imperios egipcio, chino, romano, indio, islámico, que perduran siglos y siglos, pasando de las manos de un conquistador a las de otro; cuerpos muertos, masas amorfas de hombres, masas sin alma, materiales viejos y gastados de una gran historia. El imperialismo es civilización pura, como es civilización pura el metropolitanismo, en que las grandes decisiones espirituales no se toman ya en el mundo entero, como sucedía en tiempos de movimiento órfico y de la Reforma, en que no había una sola aldea que no tuviese su importancia. Ahora tómanse esas decisiones en dos o tres grandes urbes que han absorbido el jugo todo de la historia y frente a las cuales el territorio restante de la cultura queda rebajado al rango de provincia, la cual, por su parte, no tiene ya otra misión que alimentar a las grandes urbes con sus restos de hermandad superior”.

(1). De allí la justificación del nombre: “Decadencia de Occidente”.

LA LEY Y EL "SINO"

"Naturaleza es, dice Spengler, la forma en que el hombre de las culturas elevadas da unidad y significación a las impresiones inmediatas de sus sentidos. Historia es la forma en que su imaginación trata de comprender la existencia viviente del Universo con relación a su propia vida, pres-tándole así una realidad más profunda". Concíbese y entiéndese la naturaleza regida por la ley; la historia no puede conocerse sino regida por el *sino*. La ley es lo expresable, lo cierto, lo que se cumple con exactitud matemática, el *sino* es una posibilidad y una fatalidad, a la vez es una certidumbre interna que se revela por los símbolos, y su manifestación más certera es el arte: la columna dórica, el retrato expresivo, la música contrapuntista, el cálculo diferencial.

La morfología de las ciencias físicas se llama sistemática; la morfología de la historia se llama fisiognómica y es una colección de símbolos. Interpretarlos, o, mejor aún, adivinarlos, es la tarea del historiador.

La esencia de los hechos históricos no radica en su carácter político, económico, religioso o racial, sino en la fuerza expresiva de sus símbolos. Desentrañar el sentido oculto de esos símbolos debe ser la tarea del historiador, quien sólo puede penetrar el sentido de ese esoterismo por medio de la *intuición*, que no se aprende, sino que se adquiere como un dón.

CRITICA DEL SISTEMA

"*Predecir la Historia*" es el propósito de Spengler; así lo dice enfáticamente en el prefacio de su magno libro. "Trataré, agrega, de vislumbrar el destino de una cultura, me refiero a la única cultura de la tierra que se halla hoy en camino de la plenitud: la cultura de América y de Europa Oc-

cidental, que intento perseguirla en aquellos estados de su desarrollo que todavía no han trascurridos”.

Su intento cree haberlo realizado estableciendo los paralelismos fisiognómicos de nuestra cultura (la Occidental) con las culturas anteriores, principalmente la apolínea (greco-latina) y la mágica (árabe o bizantina). Ubicadas la primera en la Edad Antigua y la segunda en la Edad Media. Desgraciadamente para su pesimismo, los ciclos congruentes entre esas culturas y la Occidental, no bastan para establecer predicciones certeras, ni son otra cosa que apreciaciones pragmáticas y caprichosas que, como lo dice él mismo, obedecen generalmente a un momentáneo afán de expresarse en forma poética e ingeniosa, más que a un profundo sentido de la forma histórica. Por más que haya analizado como ningún sociólogo lo hiciera antes que él la naturaleza y fines del Estado; el valor sustancial de las noblezas, la superioridad espiritual de las élites, el agotamiento de sentido cultural de las grandes *urbes*, y mil y mil fenómenos más de la vida colectiva; su potente genio no ha llegado a otra predicción del futuro histórico que la vaga y pesimista intuición de agotamiento semil y muerte de la cultura occidental. Su obra escrita y concebida bajo el imperio de un fuerte sentimiento de desengaño y pesimismo, provocado por el fracaso alemán en la Gran Guerra, no es sino la revelación de un estado de espíritu que ha sido maltratado por el quebranto de una desilución. En los últimos años de su vida, el ilustre sociólogo ha podido ya observar que la esperanza de viejos días y el reverdecimiento de una nueva primavera ondulan en el panorama histórico de su gran patria, cuya energía vital e intenso optimismo desmienten palmariamente la supuesta decadencia del *alma fáustica*.

Si es seductora la exposición panorámica de las culturas que hace Spengler, marcando sus características esenciales y tratando de describir sus símbolos, se contradice al

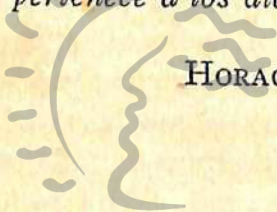
desconocer que la independencia y autonomía de esos procesos, más que valor sustantivo solo es fenómeno circunstancial y transitorio. Se produce en el aislamiento de los pueblos antiguos, se desarrolla bajo la influencia de medios preponderantes, y se pierde, fundiéndose en el haz de la vida humana íntegra, cuando desaparecen los obstáculos a la solidaridad y se juntan en esas *seudomorfosis* que él ha intuido tan sabiamente. El profesor Terán ha señalado en admirable análisis esta contradicción fundamental de la teoría. "Las culturas, son ciclos cerrados por un lado, pero por otro sabemos que son rigurosamente paralelas las curvas que describen. Son extraños entre sí, pero son gemelos; atraviesan las mismas etapas y éstas tienen una duración rigurosamente igual. En todas ellas cincuenta años es el ritmo del acontecer. Todo miembro dura trescientos años: el barroco como el jónico; el contrapunto como la mecánica de Galileo. El milenio es el circuito máximo de toda cultura. La nuestra, comenzada hacia el año mil, debe concluir su curso hacia el dos mil. Todas se han iniciado por una primavera ingenua y opulenta; llegan a una madurez racionalista, transcurren en un cosmopolitismo irreligioso y entran en la decadencia, en la senilidad artificiosa que presenciamos hoy, episodio éste que reproduce el budismo del siglo V en la India, el estoicismo greco-romano, el fatalismo del Islam, y que nada encarna mejor que el socialismo del siglo XX".

Si este cuadro de Spengler que muestra las correlaciones de las culturas es verdadero, nada podrá ser invocado con más elocuencia como comprobación del *humanismo*, es decir, de la solidaridad y unidad del alma humana, cuyo postulado es lo que más fieramente niega su filosofía. Humanismo, es esencialmente la intuición de que lo que ha ocurrido una vez a un pueblo, es una experiencia inminente para todos los pueblos.

No obstante estos quebrantos en la lógica del sistema

de Spengler, ¡cuánta profundidad en sus análisis! ¡Cuánto vislumbre genial en los caracteres esenciales de las culturas! ¡Qué visión tan honda y perspicaz la que ha aplicado a la fisonomía de pueblos y de hombres. La *Decadencia de Occidente* es una arca de sabiduría y el más gigantesco esfuerzo de la inteligencia para captar los fenómenos de un infinito devenir histórico.

Observamos con el filósofo el paso de la corriente milenaria de la vida humana. Guiados por la luz de su genio descubrimos los secretos de ese pasado, y nos hacemos la ilusión que el taumaturgo nos va a instruir también en los secretos del porvenir. ¡Vana esperanza! Al fin, nos convencemos que el *porvenir pertenece a los dioses*.....!



HORACIO H. URTEAGA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

